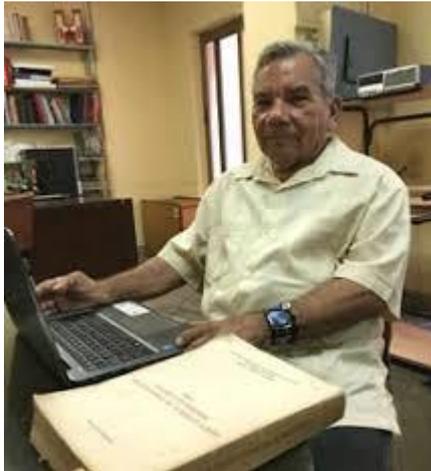


## 02. De Cómo, Cuándo y Porqué visité la Biblioteca Nacional antes de 1959



Recuerdo no muy bien la primera vez que la visité me había “futigado”, escapado, fugado del colegio con otros fiñes, compañeros de aula; habíamos decidido ir a jugar pelota a uno de los parques de la avenida del puerto, y tocar los timbres de las casas que los tuvieran y mandarnos a correr. Competíamos para ver quién de nosotros era el que los hacía sonar más. No era la primera vez que lo hacíamos, y casi siempre, algunos viejos o viejas nos gritaban que a esa hora deberíamos estar en la escuela, en lugar de estar mataperreando.

Ese día decidimos entrar al Castillo de la Fuerza que nos hacía recordar a los que habíamos vistos en películas donde se relataban historias de reyes y princesas, que no siempre, al menos yo, no entendía, menos aún si tenía que leer, pues nunca pasaba de la segunda o tercera palabra cuando cambiaban los letreros. Para entrar, después de caminar por una explanada no muy grande, cruzamos un puentecito sobre lo que yo pensé que era un río, y que supe que era un foso construido para evitar el asalto directo a sus gruesas y altas murallas. Cercana a la puerta había una mesa donde una empleada nos dijo que debíamos firmar y comenzó a preguntarnos sobre la razón de nuestra visita. No sé qué dijimos, pero comenzamos a firmar hasta que una de las dos empleadas vio mi firma. Hacia dos o tres días había visto la película Zapata interpretada por Marlon Brando; estaba tan impactado todavía por esa figura de la revolución mexicana, que inconscientemente firmé Emiliano Zapata. De inmediato ellas pusieron una cara no muy amigable, entonces salimos corriendo antes de que nos botaran.

La segunda visita fue muy diferente, ya me encontraba en séptimo o en octavo grado en la Escuela Primaria Superior Sun Yat Sen, y necesitaba consultar algunos libros para escribir una composición sobre los médicos cubanos de la guerra de independencia, uno de los temas sugeridos por el Profesor de Ciencias Sociales, el Dr. Lastra. Obviamente eran otras las empleadas y subí sin problemas a la sala de lectura, donde solicité la información que buscaba, pues por equivocación, había

tomado la libreta de español, y allí no tenía la referencia copiada en clase y que me facilitaría los datos para mi composición

Cuando llegué a la sala me atrapó una sensación muy rara. Nunca antes había estado en el interior de una biblioteca. Me impactó mucho un fuerte olor que no podía calificar, pero si sentir al respirar, al penetrarme también por los poros, al sentirme abrazado no por un olor, sino por muchos, entonces incalificable, que después supe eran olores a libros, a papeles viejos, y la humedad reinante en todo el edificio.

También me impresionaron las gruesas paredes, los techos, llenos de tantas energías, de historias vividas desde los inicios de su construcción no teniendo una idea de cómo habían hecho esa fortaleza. Supe mucho más tarde que africanos y aborígenes esclavizados, fueron los que levantaron la primera fortaleza defensiva de la Habana, y residencia de Diego Velázquez, el primer gobernador de la siempre fiel Isla de Cuba. No sé porque, algún tiempo después, pensé que era un sitio adecuado como escenario para una novela de fantasmas, donde se oirían conversaciones incomprensibles como en la mítica Torre de Babel, con los gritos de dolor, de terror, de esclavos azotados, de prisioneros golpeados,, torturados para hacerlos hablar de conspiraciones, de robos, de contrabandos.

Me sacó de ese estado de asombro, por decirlo de algún modo, la figura de un señor que ya se veía viejo viejo, como si fuera una parte del castillo en forma humana; su andar era muy peculiar, no caminaba, tampoco flotaba, simplemente arrastraba sus pies, como las lanchitas de Regla atraviesan las aguas de la bahía. Lo percibí como un pez en su pecera, familiarizado y conocedor de todo su entorno. Esa primera sensación la corroboré como un hecho objetivo décadas posteriores; para él, su trabajo en la biblioteca había sido, era, y fue hasta su muerte un sacerdocio, al cual se consagró plenamente, como los babalaos a Orula. Entró al centro en 1916 y se mantuvo activamente hasta que sus pies ya no le permitieron subir a las guaguas para trasladarse desde la Víbora hasta la Plaza de la Revolución, sitio donde después de una larga, lenta, pero positiva lucha se construyó el edificio al cual se mudó la Biblioteca Nacional en 1958. Obviamente me refiero a Carlos Villanueva, quien me enseñó a amar el trabajo bibliotecario y la importancia de acopiar artículos, de muy diversos asuntos de interés para los investigadores, aparecidos en los diarios y revistas del país.